

Cuando un ángel sube al cielo

Alejandro Olguin Celis



Capítulo 1

Cuando un ángel sube al cielo

Cuando creí que la vida no me daría otra sorpresa con patitas, resultó que llegaría la noticia que llegaría mi 5to hijo, el 4to hijo con mi esposa. Su tercer embarazo no fue del todo bueno ya que casi al final sufrió con las alzas de presión arterial y nuestra hija nació con casi 38 semanas de embarazo, es decir, se consideró un embarazo de término. Fuera de eso, fue solo un susto.

Pero en este último embarazo las cosas se complicarían desde temprano. La presión arterial de mi esposa se comenzó a disparar prácticamente desde el 5to mes de embarazo, alrededor de las 24 semanas de gestación. De ahí en más, fue un constante ir y venir a la clínica, remedios, reposo y más reposo, todo lo que fuera necesario para extender lo más posible el embarazo y lograr llegar a término. Sin embargo, las noticias no eran alentadoras...a esto se sumaron exámenes cuyos resultados alterados indicaban un problema hepático y ahora no era solamente la vida de mi hijo la corría peligro, sino que también la de mi esposa. Lo primero que viene a la mente es algo así como "debe ser algo simple", "seguramente va pasar pronto", pero no, el problema era serio y debía tratarse como tal.

Nuestro último hijo sería prematuro, eso era algo seguro según la opinión de los médicos, por lo que teníamos que prepararnos para aquello. Mi esposa, matea como la mayoría de las mujeres, comenzó una lectura sin pausa respecto de algo que, para nosotros, a pesar de ser padres con un buen recorrido estábamos frente a algo totalmente nuevo para nosotros. Nuestras noches ya no eran conversar de como estuvo nuestro día o de nuestros otros 3 hijos, ya eran asociadas a nacimientos prematuros, cuidados intensivos, operaciones y, a pesar que nunca lo dijimos yo sé que la palabra paso por nuestra mente..."perder un hijo". El solo sonido de aquella frase es devastador.

Las semanas corrían y el bebe estaba bien, pero la salud de mi esposa no. Paso hospitalizada la semana previa a la navidad, y por decisión medica -y por la insistencia de mi esposa- la dieron de alta por lo que pudimos pasar la navidad en familia. De no haber sido así habría sido un golpe terrible para nuestras hijas, pero por sobre todo para nuestro hijo de 11 años que a pesar que preguntaba poco, lo entendía todo, su mirada no podía ocultarlo...su hermano, su único "hermano hombre" como él decía, no estaba bien. Fue una navidad tranquila, sin la euforia de otros años, tal vez porque en nuestro interior creíamos que el silencio y la tranquilidad podía ayudar a extender las semanas de embarazo, pero no siempre las cosas son como uno espera y nuevamente mi esposa se debió hospitalizar y no cualquier día, el 31 de diciembre, previo a las fiestas. En silencio y

con resignación arreglamos las cosas y partí con ella a la clínica, y en mi casa nuestros 3 hijos quedaron con mi madre, cuya mirada de ternura hacia sus nietos y de tranquilidad hacia nosotros nos daba la fuerza para, por primera vez, pasar la noche de año nuevo separados, nosotros en una habitación mirando por la ventana hacia nuestra casa, nuestros hijos en casa con mi madre.

Pasaron los días y los resultados de los exámenes no mejoraron, hasta que el día 9 de enero y con casi 32 semanas de gestación nuestro médico nos dijo "Debemos sacar al bebé, él no corre peligro, está muy bien, pero la vida de Lorena está en juego". Fue un puñal que suavemente entra en el corazón, con un dolor que quisieras salir corriendo para despertar de un mal sueño, pero no, era nuestra realidad. El parto salió bien, nuestro hijo nació pesando solo 1,570kg y midiendo 41cm. Al nacer el pediatra me preguntó cómo se llama el niño, "Maximiliano" dije (con alegría de verlo bien), "más bien parece Minimiliano" lanzó el doctor con una risa para relajar el ambiente...claro, en ese momento en mi nerviosismo imaginé presionándole la cabeza contra la ventana amenazándolo con que realizara su trabajo en silencio...pero solo una sonrisa cómplice pude dar, mis esfuerzos estaban en mi pequeño hijo. Luego de pesarlo y medirlo inmediatamente pasa a una incubadora, con un montón de cables conectados a su pequeño cuerpo que llegan a monitores que de alguna manera en mi limitado conocimiento médico intenté descifrar, pero solo atino a preguntarle a una matrona si todo estaba bien, "Si, tranquilo papá, todo está bien", mientras me daba un cariño en mi brazo y me entregaba una sonrisa. Esto me calmo por un instante.

Me devuelvo a la habitación con Lorena y veo que está bien, la tranquilizo que Maxi está bien y esta tranquilito en la incubadora. El doctor nos visita y nos explica que ahora comienza para nosotros un largo y agotador periodo donde nuestro hijo comenzará con exámenes y dependiendo de los avances podría tener el alta hasta que gane el peso necesario en unas 4 a 5 semanas. En ese momento la verdad que lo que menos importa es la cantidad de dinero que saldrá todo eso, lo único que importa es ver a nuestro hijo sano y en nuestro hogar. Para colmo, no se permite el ingreso de otros familiares, ni siquiera de sus hermanos. Otro golpe para Ignacio, que estaba ahí junto con nosotros acompañado de mi hija mayor y cuyo único objetivo era conocer a su hermanito. Con lagrimas en sus ojos se resignó a la indicación médica.

Efectivamente el doctor tenía razón, el proceso es largo, pero ver que nuestro hijo ganaba gramos diariamente nos daba esperanzas que las semanas pasarían volando y que pronto lo tendríamos en casa. Pero fue justamente en este ir y venir diario a la clínica que pudimos vivir de verdad lo que es y significa estar dentro de la unidad de Neonatología.

Nuestra experiencia en la Unidad de Neonatología de la Clínica Santa

Maria

La unidad cuenta con profesionales dedicados a su labor, eso está claro. Desde las técnicas en enfermería, matronas, doctores, todos están preocupados de los bebés con entera dedicación. Al principio debíamos conformarnos con ver a Maximiliano a través de ese vidrio que lo protegía y mantenía a la temperatura adecuada, y que a pesar que eran centímetros de distancia, para mí era equivalente a que me tuvieran las manos atadas prohibiéndome abrazar a mi hijo. Pero la paciencia trajo una recompensa y al tercer día me permitieron abrir una ventanita para, cuidadosamente, poder tocarlo y hacerle cariño...era un alivio saber que estaba bien, pero una pena tremenda no poder abrazarlo, no poder olerlo, no poder hablarle al oído como lo hice con mis otros hijos, no poder sentir su cuerpo en mis brazos era una tortura que en silencio había depositado lágrimas sobre aquel vidrio. Pero a la semana ya permitieron a Lorena hacer apego, y tan solo ver a mi Maximiliano apoyado sobre el pecho de su madre me dio la fortaleza que me faltaba, su color de piel cambió, su respiración ya no era tan agitada, esos tiritones que daba de repente se detuvieron, era al fin y al cabo, el pecho y el calor de su madre, y por fin, después de casi 10 días, pude besar a mi hijo, mirar al cielo y darle gracias a mi padre que me ayuda desde algún lugar.

Pero fue desde ese momento, cuando sentía que las cosas iban bien y que el Maxi subía de peso y sus exámenes salían bien al punto que ahora eran menos cables los que estaban conectados a su cuerpo, que tu vista te permite mirar a tu alrededor, y es que tu preocupación disminuye y lentamente comienzas a observar que no estás solo en esa habitación, que hay más bebés ahí, y en consecuencia, otros padres que al igual que uno sufrían y pasaban los días ahí junto a sus hijos, y fue en esta instancia cuando comenzamos a vivir realmente la experiencia de ser padres de un bebé prematuro, y es que es un error tan humano pensar que el problema que lo aqueja a uno es el más grave de todos, cuando en realidad siempre hay alguien que tiene un dolor mayor. A contar de ese momento era inevitable poner atención a los demás bebés y sus avances, a levantar la mirada cuando llegaban otros padres y, con una sonrisa cómplice, saludar amablemente, como queriendo decir con la mirada "fuerza, todo va salir bien".

Y fue en este ejercicio de comenzar a ver las demás realidades cuando entiendes cómo funcionaba la unidad de Neonatología. Las incubadoras se ubicaban en orden pegadas al muro, con los monitores en alto, pero las que estaban al fondo de la habitación eran los bebés de mayor cuidado, la UTI y la UCI, para luego pasar a los bebés en la unidad intermedia (donde estaba nuestro hijo) y al final, casi llegando a la puerta, las cunas básicas que son para los bebés que están a punto de ser dados de alta o que nacieron de término pero necesitan uno o dos días de fototerapia. Y este orden es algo que los rostros de los padres podían dar fe de aquello...sin embargo la primera incubadora, la que tenía la mayor cantidad de

monitores y cuidados por parte de las profesionales hacia la bebe, tenía siempre cerca a un matrimonio que en ese momento sin poder entenderlo, ellos SIEMPRE, así es, SIEMPRE tenían en su cara una gran sonrisa.

Todos los días Alejandra y Rodrigo, los padres de la pequeña Amalia, llegaban saludando amablemente a todos, incluso antes de llegar hasta donde su pequeña Amalia ellos se daban el tiempo de saludar a los demás papas que estábamos ahí....a diferencia mía que al llegar saludaba al personal a cargo y me iba derecho hasta la incubadora del Maxi. No pude dejar de poner atención en ellos, ya que su mirada y risa me dijeron algo que pude comprobar posteriormente, eran papas primerizos, ya que tenían esa mirada que todos los padres tenemos cuando llevamos a nuestro hijo al jardín en la mañana y luego volvemos a la tarde a buscarlos, con la diferencia que ellos no podían llevarse su pequeña a casa. Amalia nació con apenas 24 semanas, pero no nació sola, ya que eran mellizas, pero su hermanita lamentablemente no sobrevivió, por lo que todas sus esperanzas estaban puestas en ese pequeño cuerpecito, todos sus sueños de ser padres estaban ahí en esa habitación, ya que, a diferencia nuestra, ellos al llegar a casa seguramente veían una cunita vacía, una decoración sin un bebe, un hogar sin su hijo. Nosotros en cambio, llegamos a casa y nuestra vida de padres debía seguir con nuestros hijos, de alguna manera el ruido y los constantes juegos de mis dos hijas menores nos hacían pensar "es mejor que Maxi esté allá tranquilito", pero Alejandra y Rodrigo seguramente llegaban a casa solo con el deseo que al otro día partir temprano a la clínica a ver los avances de su pequeña Amalia, ya que su camino a recorrer sería de al menos 3 largos meses.

Pasaron las semanas y Maximiliano ganó peso rápidamente, algo que podíamos notar en sus facciones. Ya podía hacer apego con él y tomarlo en mis brazos, ya podía olerlo, hablarle en voz baja, contarle de la Super Copa que ganó Colo-Colo cuya final vimos con Ignacio pensando en el en todo momento, pero metros más allá veía que algo no andaba bien con Amalia, algo que se sentía en el ambiente y que es inevitable sentir cuando llevas un tiempo ahí. Mi esposa que pasaba más tiempo que yo en la clínica hizo amistad con las demás mamás y papás de la unidad, ya que de alguna manera el compartir experiencias ayuda a sobrellevar las cosas, pero a ella tanto como a mi le sorprendía la alegría y el optimismo de los padres de Amalia. Justo cuando el doctor nos anunciaba que seguramente en 1 semana nuestro hijo sería dado de alta y la alegría se nos notaba en nuestro rostro, lamentablemente la pequeña Amalia comenzó a empeorar, después de tantas semanas de luchar por su vida tanto ella como el equipo médico (para que decir sus padres), su cuerpo comenzó a decir otra cosa. Al otro día pudimos ver un equipo médico completo conversando alrededor de Amalia, yo llegue como siempre en la hora de mi colación a ver al Maxi y ellos estaban ahí, me fui y ellos seguían ahí.

Claramente, algo andaba mal, muy mal.

Conversando con Lorena no podíamos entender por qué este matrimonio estaba viviendo esto, justo en una época donde por televisión veíamos la atrocidad que en Santiago vivió una pequeña de 6 meses llamada Sophie a manos de su padre y bajo el conocimiento de su madre, y al mismo tiempo este matrimonio que ya había perdido un hijo un año atrás, y que ahora de la posibilidad de tener 2 hijas pierden una al nacer y la otra pequeña se aferraba a la vida como podía pero su cuerpo no podía más....por qué?, por qué la vida no podía darles la oportunidad de ser padres y vivir la paternidad como tantas veces lo han soñado?, por qué si algunos tenemos la dicha de tener 5 hijos ellos no pueden tener la felicidad de tener al menos uno?....y mientras me cuestionaba esto Lorena me escribe "Llamaron a un sacerdote para bautizar a Amalia y darle la extrema unción"....no pude evitar llorar de pena, como si fuera un hijo mío, como si en algún instante hubiese podido sentir su dolor de padres, porque sí, ELLOS ERAN PADRES!!!...y al rato después un mensaje que no quería leer "Amalia murió en sus brazos, no hay nada más que hacer".....un silencio me aplasto como si una tonelada de escombros me cayera encima...y nuevamente la pregunta maldita que no tiene respuesta...¿POR QUÉ?, acaso la pequeña Amalia no merecía el amor de sus padres?, acaso ella no merecía crecer viendo esa sonrisa eterna que tenían Alejandra y Rodrigo?, acaso ellos no merecían vivir esas noches sin dormir por amamantar y mudar a su hija?, yo siento que sí, yo sé que sí, pero la vida tiene estas cosas sin sentido que por más que le demos vueltas no tendrán respuestas. Para algunos la resignación, para otros la tranquilidad en la oración y quien sabe, tal vez para otros simplemente el olvido, pero a mi esta experiencia me ha marcado de por vida, me ha enseñado muchas cosas, me ha permitido acercarme a una realidad que me había sido tan lejana pero que es más frecuente de lo que se cree, la de parejas que unen sus vidas con la única ilusión de formar una familia con hijos, pero que la vida les pone obstáculos tan duros como ver nacer un hijo para, semanas más tarde, verlo partir tendido en sus brazos.

Alejandra, Rodrigo, nada de lo que yo pueda decir podrá aliviar su dolor, pero ya que no tuve la valentía de decirlo en persona, si este texto llega a ustedes quiero decirles que los admiro y respeto con todo mi corazón, y que sin importar lo que diga un papel del registro civil, ustedes para mí SON Y SERÁN POR SIEMPRE PADRES! Gracias por su sonrisa cada día que nos topamos en la unidad de Neo, gracias por enseñarme como enfrentar la vida, como vivir la vida, y, sobre todo, como ser una mejor persona. Y a ti pequeña Amalia, a quien por respeto nunca fui a mirar tu carita a tu incubadora, te deseo que por siempre descanses en paz sabiendo que en tu corto tiempo en este mundo tuviste a tu lado a los mejores padres que una hija puede desear, y al mismo tiempo, ahora que estas en cielo junto a tus 2 hermanas, cuides a tus padres y les des la paz que ellos necesitan.

Este texto está inspirado en esta ejemplar pareja, dedicado a ellos y a todas las parejas que día a día deben vivir con la pena de no poder entregar su amor a un hijo.